

gado completamente de toda tentativa de restauracion monárquica. Y en efecto, un plan de este género, (por oportuno que se le suponga, y el de que se trata es tan falto de oportunidad como de justicia) exigirá muchos años para ser llevado á cabo. En una correspondencia dirigida de México á *La Epoca*, único periódico de Madrid que se inclina un poco á censurar la conducta del general Prim, encontramos estas palabras:

"No creo que los franceses tropiecen con grandes dificultades ántes de llegar aquí; fácil les será la ocupacion militar de la capital y establecer provisionalmente en ella el gobierno del general Almonte. El ejército francés que consta de unos 15,000 hombres con el decidido apoyo del partido reaccionario, podrá dentro de un año pacificar el país; pero para establecer un gobierno y una administracion popular, los franceses necesitan 5 ó 6 años."

La apreciacion del corresponsal nos parece inferior á la verdad en 30 ó 40 años; pero aceptándola tal cual es, ella nos basta para demostrar, que si el gobierno ha dicho al cuerpo legislativo que la expedicion ha de terminar á fines de 1862, ha renunciado á sus ensueños de monarquía americana, así como á la pretendida resurreccion de las razas latinas. En todo caso, la comision del cuerpo legislativo no le habrá alentado en tan quiméricos designios. Hagamos para concluir otra cita:

"La guerra, dice el dictámen, y las expediciones lejanas son grandes causas del déficit actual. Renovarlas seria la negacion de la reforma hacendaria; seria entregar al acaso el Erario, que con tantos esfuerzos procuramos restablecer. Al fin algunos remotos beneficios, un poco de gloria añadida á nuestra aureola ya tan completa, no compensan ni el peso ni el sentimiento de las nuevas cargas que habria que exigir al país."

"Estas palabras son el lenguaje de la prudencia y del buen sentido. Pero nos asalta una reflexion: la comision del cuerpo legislativo corre gran riesgo de verse injuriada por los periódicos que son patriotas á la manera del *Constitutionnel* y del *Pays*. ¿Cómo se atreve á creer que nuestra aureola de gloria es bastantemente rica? ¿No es esto ultrajar al ejército francés y desconocer el sentimiento nacional?"

El *Journal* de Burdeos aplaude la destitucion de Almonte, creyendo poco lógico que la bandera francesa protegiera á uno de esos fantasmas políticos que desfilan en la escena mexicana, llevándose bajo su manto presidencial en un dia buena parte de los despojos de la patria.

El *Phare de la Loire*, que en varios artículos ha seguido oponiéndose á los proyectos de intervencion y de conquista, publica lo siguiente:

"Nuestro corresponsal especial nos señala un rasgo de generosidad que hace mucho honor al general mexicano Zaragoza. Este jefe del ejército nacional no se ha creído autorizado, por el triste ejemplo que ha dado uno de nuestros miserables aliados, para entregar á una muerte ignominiosa á infelices prisioneros franceses. Dos de nuestros compatriotas le han debido la libertad y la vida. Nos abstenemos de referir las circunstancias de este acto caballeresco. Nuestros lectores lo apreciarán debidamente. Somos enemigos de los mexicanos sin saber exactamente por qué; pero todo nos impone la obligacion de reconocer en esos salvajes un sentimiento elevado de las exigencias de la humanidad y de la civilizacion. Aun en tiempo de guerra, la justicia debe conservar todos sus derechos."

El *Semaphore* de Marsella, al aplaudir la destitucion de Almonte, extraña que sobre este suceso nada haya dicho *Le Moniteur*, y atribuye este silencio del periódico oficial, á ciertas disidencias que en altas regiones ha producido la destitucion, pues existe un partido considerable é influente, que ha preparado la expedicion y le ha infiltrado sus simpatías en favor de los ultra-conservadores Almonte y Márquez. Este partido quiere volver á los buenos tiempos en que Hidalgo llevaba al *Pays* los boletines de las victorias de Márquez, y censuraba á Laurencez por no haber podido tomar á Puebla.

El *Semaphore*, refiriéndose á sus informes de Paris, asegura que el emperador está resuelto á separarse de esa camarilla, y á seguir una política propia.

El *Impartial Dauphinois* niega que haya habido desavenencias entre Juárez y Doblado; refiere los honrosos antecedentes de la vida pública del Sr. de la Fuente, y elogia la conducta de las señoras mexicanas que se han dedicado á favorecer á los hospitales militares.

El *Memorial des deux-Sevres* extracta hasta donde es posible las revistas de M. René Masson; opina que el Sr. Juárez no abandonará jamás á México, porque su conciencia lo obligará á permanecer en el puesto que le corresponde, y elogia también el generoso rasgo del general Zaragoza, de haber salvado á dos prisioneros franceses, cuando el traidor Galvez acababa de colgar á dos mexicanos en el paseo de Veracruz, y añade que Zaragoza dió 50 francos á cada prisionero, y que el general Laurencez, encantado de tan bello proceder, le dirigió sus felicitaciones en una carta que hizo llegar á sus manos por medio de un oficial mexicano que estaba prisionero en Orizaba, y á quien creyó justo poner inmediatamente en libertad.

Al fin la verdad comienza á hacerse oír en la misma Francia, quedando completamente en ridículo los escritores asalariados que creían hacer alarde de patriotismo, adoptando el sistema de difamar al gobierno y al pueblo de México.

Dos diarios de Lóndres vivamente preocupados con la cuestion griega y la italiana, aunque en lo general se muestran hostiles á la política francesa, apenas muy de cuando en cuando se han detenido á examinar la situacion de México, y eso incurriendo á veces en palpables contradicciones.

Así, *El Times* que, como es sabido, favorece siempre los intereses de los tenebrosos de bonos y todo género de reclamaciones británicas, sin examinar jamás sus fundamentos de justicia y equidad, des pues de descargar todo su spleen de invier no contra los mexicanos, porque no hemos aniquilado en un dia á todos los invasores, publicó un largo artículo sobre la situacion de la República, comparándola á la de España en 1808. Pero *El Times*, que se precia de ser defensor del *self government*, se digna creernos incapaces de practicarle, y en esta incapacidad encuentra la razon plausible de la tripartita convencion de Lóndres. Reconoce, sin embargo, que esa convencion, las tres potencias signata

rias jugaban á quién engaña á quién, ocultaban sus designios, y falsamente negaban el propósito de intervenir en México.

No pudiendo entenderse, se rompió la alianza de Lóndres, y el emperador Napoleón se quedó solo con una carga demasiado pesada, y fiándose en los informes de un refugiado, hizo avanzar sobre la capital un ejército que hubiera sido suficiente para vencer á un partido cualquiera, pero que ha sido impotente para triunfar sobre todos los partidos unidos. Cuando *el Times* reconoce que todo el pueblo mexicano se une en defensa de su independencia, no es lógico que desespere de que este pueblo pueda gobernarse por sí mismo, pues aunque explica esta union, creyendo que la idea de la restauracion monárquica, frustraba las ambiciones de todos los pretendientes y aspirantes, debiera ver que el exfuerzo de México significa algo más que ambiciones burladas, es decir, adhesion sincera á las instituciones democráticas.

El Times cree conveniente una reorganizacion ó regeneracion de México; pero no la espera ni de los liberales ni de los conservadores, sino que fiándose en los informes de su corresponsal, cree que hay un partido intermedio, invisible hasta ahora, y que aparecerá cuando se presente como mediadora alguna potencia extranjera.

Esto de creer en un partido invisible, es una ocurrencia que hace tan poco honor al *Times*, como la *Patrie* haber creído en otro nuevo partido, llamado de la emancipacion. Es ya tiempo de que la Europa comprenda que en México hay un pueblo resuelto á ser independiente, y unos cuantos malhechores á quienes el gobierno francés no ruboriza en llamar sus aliados.

El Times, sin creer en el constitucionalismo de Juárez ni en que los franceses puedan criar nada estalbe, espera que el futuro gobierno de México tenga bases mejores y más sólidas que las del absolutismo y las preocupaciones del clero.

Tal vez el gran periódico inglés espera todo esto del partido de los invisibles.

Se ve que en Lóndres como en todas partes, hay periodistas que escriben solo para llenar.

El Times ha publicado otro artículo con buenos datos sobre los elementos de riqueza que contiene Sonora, Chihuahua y la Baja California.

El *Morning-Post*, órgano de Lord Palmerston que en la cuestión de México ha sostenido todas sus opiniones posibles, vé ya de mal ojo la expedición francesa, no porque ella importe una enorme injusticia, ni porque viole el decantado principio de la no intervención, sino porque ha de retardar el arreglo y el pago de las reclamaciones británicas y también de las españolas.

Esta cándida observación del diario ministerial, es demasiado tardía, y bien pudiera haberle ocurrido á él y á sus patronos desde que supieron el rompimiento de los preliminares de la Soledad, si el gobierno de S. M. B. no hubiera creído conveniente enconcharse en una política expectante.

El *Post* anuncia que se ha pasado á la Cámara de los comunes, un informe acerca de las reclamaciones británicas contra México, y como este informe parte de los datos que han enviado los cónsules ingleses residentes en México, no es temerario suponer que muchas de esas reclamaciones no estén todavía reconocidas ni liquidadas.

El *Post* estima el monto de tales reclamaciones, en veinte millones de pesos, y añade el robo cometido por el gobierno mismo de México en la legación de S. M. Mucho nos sorprende este modo de hablar del *Morning-Post* que puede ver en el mismo *foreign office* el texto de los despachos enviados á Mr. Mathew, en que se confiesa que el gobierno inglés no considera al gobierno mexicano responsable del atentado cometido por la facción que ocupaba esta capital. El *Post* tampoco puede ignorar que los dos ladrones que cometieron ese robo, son D. Miguel Miramón, cuya fuga fué protegida por la marina francesa, y D. Leonardo Márquez, actual aliado de S. M. Napoleón III. Más justo sería hablar de esta vergonzosa alianza, que atribuir al gobierno de México un crimen cometido por rebeldes.

Según el *Post*, los representantes inglés y español hicieron la paz con México, y el gobierno inglés se negó á ratificar el tratado firmado por Sir Charles Wyke, porque contenía estipulaciones que no llenaban sus deseos, (*undesirable*) y así se frustró para la Inglaterra el objeto de la intervención, quedándose sin tratado y sin prenda que secuestrar. De todo esto decimos nosotros que no es responsable la República mexicana, sino el mismo gobierno inglés, por las vacilaciones de su diplomacia, que por temor de disgustar á Napo-

león, no se ha atrevido á cumplir por su parte los preliminares de la Soledad, y á seguir la vía de las negociaciones en que había entrado su plenipotenciario.

El *Post* nota que los franceses abandonados á sí mismos han desembozado sus planes de intervención, dándoles el verdadero carácter de propaganda política y de asonadas militares; que derrotados en el campo de batalla, se empeñan en vengar el honor de sus armas; que envían grandes ejércitos con el fin de tomar la revancha de su desastre y de exigirnos por vía de indemnización el pago de los gastos de la guerra; que ya no se habla de Almonte ni de sus maquinaciones, y que sucumba ó no en la contienda el gobierno de Juárez, el resultado será que aparezca una nueva clase de reclamaciones de indemnización, que ocuparán lugar preferente cuando llegue á celebrarse un arreglo. El *Post* teme que los gastos de la guerra asciendan á cincuenta millones de pesos, que después figuren todas las reclamaciones francesas, quedando á la cola las británicas y las españolas, y casi á merced de lo que disponga la Francia, ocupando naturalmente el último lugar la deuda de los tenedores de bonos. De tal resultado, ¿quién tendrá la culpa sino las potencias que tiemblan y se humillan ante los caprichos de Napoleón?

El *Post* dice, por último, que los agentes consulares que han formado las listas de las reclamaciones, han desechado las partidas de intereses y de atrasos para disminuir el monto total de la deuda.

SITUACION EUROPEA.

Concluidos los extractos de cuanto hemos encontrado que directamente se refiere á México, creemos que nuestros lectores verán con gusto un cuadro completo de la situación del antiguo continente, y dando preferencia á la cuestión italiana, les ofrecemos la siguiente revista que ha publicado *La Discusion* de Madrid:

«Lentos en su desenvolvimiento los graves sucesos que embargan la atención pública; numerosos é importantes en sus pormenores, y ávidos los hombres de soluciones que no acaban de determinarse claramente, bien puede decirse que estamos atravesando uno de los más intrincados períodos políticos.

Han ocurrido sucesos de suma importancia. La tentativa de Garibaldi y el triunfo

de las tropas de Víctor Manuel sobre él; las nuevas protestas de Luis Bonaparte á favor del poder temporal del Papa; la publicación de su carta al ministro de negocios extranjeros; la correspondencia entre éste y el embajador en Roma de resultados de dicha carta, y la publicación de los artículos en que la prensa imperialista de Francia trata de hacer que, cansado Luis Bonaparte de contemplaciones con el gobierno de los cardenales, está como quien dice, á punto de enojarse y retirar sus tropas de Roma.

Si Luis Bonaparte solo arriesgase en esto su concepto religioso, nos atrevemos á asegurarlo, las tropas francesas se hallarían hace tiempo en Francia, con gran contento nuestro, de los romanos, que habrían recobrado su libertad, y con grande ufanía de los franceses, que haciendo por un lado gala de eminentemente libres, por haber reconocido la autonomía de libres, por otro lado habían devuelto al César del 2 de Diciembre los pomposos elogios que hace algún tiempo le escatiman, no porque les quite su libertad, sino porque no les da motivo para sus gloriosas baladronadas.

El instinto de la patria está pervertido en el francés, y poco le importa hoy día que con razón se le llame á todos esclavos, con tal que puedan celebrar una fiesta dominguera á Magenta ó á Sebastopol.

Garibaldi, preparándose tras largos afanes la expedición contra Roma, con oposición y asentimiento á la vez del rey de Italia, ha sido una de las más bellas y grandiosas imágenes de la potencia popular en nuestro siglo. La figura de Víctor Manuel consintiendo, preparándose para aprovecharse del intento en caso de ser triunfo, ó para condenarlo en caso de ser vencimiento, es una gran vergüenza para las antiguas instituciones. Garibaldi lleva adelante su propaganda para la conquista de Roma, y lo hace á la faz del mundo, con una lealtad que fulgura en todos sus actos: da á conocer mil y mil veces por medio de la prensa, su levantado propósito; forma la opinión, y la prepara en este sentido; allega fondos con el propio objeto; reúne hombres y armas; declara siempre que espera en Víctor Manuel que le ayudará en la emancipación, si el rey acomete tan alta empresa; y que en otro caso la acometerá él, siempre dispuesto á que el rey de Saboya reúna bajo su cetro la *Urbs* y vaya á imperar en su Capitolio, realizando del modo más material y positivo la gigantesca y jamás realizada idea de la unidad italiana.

Víctor Manuel lo consiente: á los alarides que hacen los patriotas de que obran de una manera grata para él, nada contesta; á las recriminaciones que la reacción le dirige porque no pone coto á la actividad de Garibaldi, nada contesta.

¡Incalificable conducta! Él es rey de Italia; pero, ¿qué es Víctor Manuel como hombre? ¿Qué prendas de carácter ha mostrado durante el período á que nos referimos? ¿Qué cualidades políticas ha revelado? ¿Qué moralidad ha sido la suya?

¡Ah! nuestras leyes son muy celosas de los amigos del monarca: de un rey amigo, por enemigo que sea de las instituciones populares, no se puede hablar de él sino con elogio, ó callarse: callémosnos, pues, respecto de Víctor Manuel. Volvamos á Garibaldi.

El héroe italiano sigue á la luz del día su programa, reúne hombres, dinero y armas: se lanza al campo: atraviesa incólume parte del territorio italiano, y halla simpatía ferviente en los pueblos é impasibilidad en los soldados, hasta que al llegar á Aspromonte se encuentra cara á cara con gente armada que quiere cerrarle el paso. «¡No hagais fuego!» exclama Garibaldi á los suyos, y al mismo tiempo la gente del rey le hiere, ya que no puede matarle. ¿Está ya satisfecha la saña reaccionaria? No. Los más vanagloriosos sostenedores del trono piden que el dispensador de tronos sea sometido al criterio de los que han hecho profesión de no tenerlo: Cialdini también, también Cialdini, á quien la libertad había colmado de gloria, pide que Garibaldi se someta á un consejo de generales.

Ratazzi, aquel Ratazzi que había sido esperanza de los libres, no se atreve á protestar contra la bárbara amenaza dirigida al génio salvador de la Italia; y por más que todos los pueblos civilizados pidan la libertad del héroe, los débiles olvidan por quien son de Italia, Nápoles, Sicilia y Toscana, olvidan por quien existe la Italia, y en nombre de esta Italia están dispuestos á consentir un parricidio.

Luis Bonaparte en tanto felicita á Víctor Manuel por su victoria, y por otra parte prepara las cosas para llamar á esa victoria desgraciada, cuando le convenga hacer responsable de ella al gobierno de los cardenales.

Vacila, no la opinión, sino la osadía de los realistas; arde el pueblo italiano en protestas; la alarma cunde, y el ódio al ministerio se convierte en saña que abraza el pecho de todo italiano al imaginar que

Garibaldi padece, está en peligro, y quizás corra á la muerte por haber querido dar vida á su patria.

Pronúnciase la opinion en Francia, en España, en la Alemania liberal, en América, y sobre todo, pronúnciase con la mayor solemnidad en la Gran Bretaña, donde á una reunion pública sucede otra reunion, donde un dia y otro dia se reúnen millones de hombres que recorren veinte y treinta leguas de camino, y pierden el fruto de su trabajo del dia, solo para decir ante Europa: protesto de todo corazón contra todo lo que no sea la libertad de Garibaldi.

Y al mismo tiempo, como si toda Europa estuviese encadenada para recibir el golpe eléctrico que minuto á minuto debía descargarse en Vatiñano; toda Europa, atenta, absorta, anhelante, fijos los ojos en Spezzia, espera recibir la grata ó adversa nueva de la muerte ó la resurreccion del hombre-Italia.

Victor Manuel, queda olvidado. Nadie se acuerda de él en Europa; nadie piensa que sea rey ni que exista: Garibaldi es la idea, la esperanza, el cuidado de toda Europa.

Así suspenden los corazones de los libres sus latidos: ¿qué hace la diplomacia entre tanto?

Para conjurar la tormenta que rue en los pechos, y que puede estallar de repente horripilante y asoladora, preparan el lenitivo de un congreso europeo para la solucion de Italia; hacen nuevas proposiciones al gobierno de los cardenales. Primero el gobierno de Turin habia dicho que Garibaldi era el único cuyos manejos impedían la unidad de Italia con Roma por capital; preso y herido éste, no tienen reparo en cubrir ni dorar su engaño, y se muestran dispuestos á transigir con cual quiera concesion del Papa.

El gobierno de los cardenales ha comprendido mejor que Luis Bonaparte y Victor Manuel cuál era el punto difícil del asunto; ha visto que á gobiernos defensores de la autoridad no les convenia zapar el principio cuya representacion se atribuye, y se ha negado á toda concesion, diciendo: derribadme, abandonadme si os atreveis, y al punto mismo borrais vuestro significado y cerrais el paso al trono á vuestros sucesores: asesinad á vuestras dinastías; yo os desafío á ello.

No otra cosa quiere decir la reiterada y siempre idéntica respuesta del cardenal Antonelli á M. Lavalette, siempre que le ha suplicado en todos los tonos imaginables; que en cambio de once años de ines-

plicable proteccion, hiciese á su amo un obsequio cualquiera, y una concesion cualquiera, para sacarle de su compromiso, para que el hombre funesto del 2 de Diciembre pueda decir á lo ménos: el papa ha dado un paso, y yo no le pedia más: estoy satisfecho; déñese tambien por satisfechos los pueblos.

El gobierno de Roma ve claramente la situacion del emperador, y saca de ella todo el partido imaginable.

El emperador le habla de agradecimiento! ¡Cómo! nos habeis enviado tropas para que os apoyasen los partidarios de lo anti-guero, ¿y quereis que os agradezcamos el favor que á vos mismo os habeis hecho? Legitimistas y orleanistas, Austria y Rusia y Alemania, no os han molestado, porque os presentabais como interesadas en contener la antigua autoridad, ¿y quereis que tomemos por favor hecho á nosotros el medio que habeis empleado para aseguraros en el poder?

Los dias han pasado; los deseos no han sido satisfechos; las esperanzas se han frustrado, y Mazzini y con él todos los republicanos de Italia, que en aras de la patria habian sacrificado, no su idea, sino la inmediata realizacion de su idea, han roto ostensiblemente con la monarquía de Victor Manuel, que á pretexto de hacer libre y una á Italia, ha contribuido á despedazarla, y la ha hecho esclava de Luis Bonaparte.

No ha gozado por esto de triunfo alguno la democracia; Roma le es ajena; Venecia le es ajena; los hombres que oficialmente conducen los negocios, le son ajenos; pero todos los que buscan en lo porvenir un refugio á los males presentes, todos los que esperan de buena voluntad el bien y la paz universal, han vuelto hoy el corazón á la democracia.

¿Lo ha comprendido así el gobierno de Italia? Lo ha comprendido así el gobierno de Francia? Sí. Hoy, despues de los bríos de que hizo alarde el ministerio Ratazzi, hoy la opinion pública ha impuesto ya una solucion al negocio de Italia: Garibaldi está amnistiado. ¿Qué importa que todavía trate de aplazar un dia y otro esta solucion impuesta al gobierno italiano? ¿Qué importa que pretendiera hacer pasar esta solucion como castigo á la resistencia del gobierno de Roma? Nada.

Victor Manuel se halla en un conflicto: hoy dia, sea cual fuere la conducta del gobierno de Roma, no haria más ni ménos.

No da un paso la cuestion de Oriente, precisamente por la lentitud de la cues-

tion de Roma; pero á Luis Bonaparte le conviene no aplazarla indefinidamente: le precisa renovar en la masa del pueblo frances la esperanza de nuevas y gloriosas campañas: además, Rusia ya ha hecho cuanto tenia que hacer por su parte, y naturalmente querrá recibir la correspondencia en Oriente.

Este es el estado de hoy: la nueva idea vencida en el terreno de la fuerza, pero encarnándose cada dia más en los espíritus, y obligando á sus mismos vencedores á invocarla en sus grandes conflictos.

Ahora comienza Luis Bonaparte á insinuar el verdadero carácter de su proteccion al gobierno de Roma: hasta hoy dijo que no hacia más que cumplir con su deber de católico sincero; hoy la prensa imperialista ya dice, con su permiso, que no ha sido deber, sino favor, lo que ha hecho.

Pendiente esta cuestion (aunque resuelta ya por la opinion de Europa), sigue su afanosa y sangrienta lucha la libertad en las ántes pacíficas regiones de América.

Grandes batallas, vicisitudes sin cuento forman los anales de esta guerra. Preciso es confesar que no todos los triunfos son para los ejércitos del Norte; pero tampoco se nos puede negar que cada dia es más simpática su causa, y que el mayor adversario de los norte-americanos se llena de indignacion al ver la sangre que derraman los defensores de la esclavitud, y da noble y generosa lástima al saber los adversos golpes que la suerte de las armas descarga sobre los del Norte.

El triunfo, empero, no es dudoso para nosotros, y aun cuando el fin de la lucha fuese la definitiva separacion de los dos pueblos, nada perderiamos con ello: siempre habria en la tierra una region perfectamente igualitaria, libre y fraternal, donde el sér de hombre seria el título de ciudadanía, sin excepcion de nombre, de raza ni de color.

A la realizacion de este bello é infalible ideal corren los norte-americanos, precediéndonos quizá de siglos. ¡Benditas sean sus armas, y sus hijos, y el espíritu que les anima!

Es tambien importante la siguiente revista que encontramos en el *Clamor público*:

«Cuando la suspension de todo acto político en Italia, hacia presumir á muchos que iba á trascurrir un período de inaccion y de adormecimiento, ocurre súbitamente la caida de Othon I en Grecia y el

recrudescimiento de la conducta reaccionaria del rey prusiano.

Ninguno de estos sucesos es opuesto á nuestras esperanzas. La reaccion del poder en Prusia ha aconsejado la resistencia al partido liberal, y ha prevocado manifestaciones populares que de ningun modo pueden ser gratas al rey. Las pocas noticias que tenemos de Grecia, hacen sospechar que la rebelion triunfante no se propone derribar el trono, sino levantar otra dinastía: mas aún siendo monárquico el objeto de la rebelion, la verdad es que reconoce y no puede ménos de apelar al principio de la soberanía popular, contribuyendo así á su propagacion práctica, y comprometiendo su existencia á la del principio mismo.

El *statu quo* solo se mantiene en Italia, ó por mejor decir, solo subsiste respecto al negocio de Roma.

Paris ha vuelto á sus equilibrios respecto á este punto, que hace años procura conservar aparentemente en vísperas de solucion.

Para mitigar en algo el mal efecto producido por el nombramiento de un ministro de negocios extranjeros anti-liberal, se nombró á dos agentes liberales para Roma: el periódico la *France* contribuyó á mitigar el disgusto de los liberales, anunciando con insistencia la inverosímil nueva de un cambio de ministros romanos, en cuyo cambio iba envuelta la retirada de Antonelli. El conjunto de todas esas cosas no inspiró temor ni disgusto á los reaccionarios; y como al fin y al cabo veian que Victor Manuel no ponía el menor empeño en precipitar la solucion respectiva á la capital de Italia, y tampoco ocurría variacion alguna temible en el gobierno Italiano, quedaron más tranquilos que ántes.

Luis Bonaparte no quiso sin duda que pocos momentos ántes de las elecciones fermentase el disgusto de los que puedan influir en el nombramiento de representantes. Probablemente habrá conseguido su propósito: por el mismo motivo sin duda ha suscitado oportunamente el punto de declarar libre el ejercicio de la panadería, sometido aun á la tasa, como otros varios ejercicios.

Entre tanto Victor Manuel, que hasta en la indirecta circular de Durando sufrió una especie de descalabro, sigue colocado en una actitud tan evidentemente pasiva, que es el más claro ejemplo de su impotencia.

Brilló su nombre en la guerra, cuando